

ESPEREMOS:

## ARROGANCIA Y VIOLENCIA

DEL EXAMEN apresurado de las fuerzas políticas independientes que pueden equilibrar el poderío brutal del gobierno, sólo se sacan estas conclusiones desoladoramente negativas. Los negociantes emplean el enorme poder que han amasado durante los treinta últimos años en defender sus intereses más inmediatos, y para ello se conchaban con el gobierno, sacrificando generalmente el interés de la colectividad. El campesino, lejos de haberse transformado con la Revolución en una potente fuerza política, sigue siendo un pupilo del gobierno; y el obrero, cegado por ganancias pequeñas e inmediatas, se ha convertido en el acólito que en la iglesia oficial va echando a los obispos el incienso ritual. En cuanto a los partidos políticos, dos actúan en el escenario para animar un poco la comedia democrática, y el tercero no logra progresar por sus propios esfuerzos ni se le deja avanzar.

¿De dónde, entonces, pueden venir esas fuerzas equilibradoras? Porque no nos engañemos en este punto decisivo de nuestra vida política: ningún país, absolutamente ninguno, pero sobre todo, claro, los que pretenden vivir democráticamente, puede subsistir sin esas fuerzas compensadoras, so pena de caer en el gobierno despótico y arbitrario, que ningún pueblo de la tierra está hoy dispuesto a tolerar por mucho tiempo.

TAN CIERTO es esto, que, a pesar de todo, en México existen esas fuerzas, no ya equilibradoras, sino irritadamente opuestas al go-

bierno, sólo que, carentes de organización, corren por ahí subterránea, invisiblemente. Y aquí, justo, está el peligro que nadie parece advertir: el día menos pensado un hecho insignificante cualquiera produce la conflagración. Esa es, después de todo, la única lección válida que todos desprendimos del conflicto estudiantil, sólo que unos pretendieron no haberla aprendido, y otros, que en menos de un año la han olvidado.

Claro que aquí se abre el hondo abismo entre la verdad oficial y la creencia independiente: lo que los políticos llaman "el pueblo", ¿está satisfecho de la marcha que lleva el país? ¿Está él conforme con su suerte? Aun no estándolo hoy, ¿confía en que pronto mejorará?

YO ME HE impuesto la grata tarea de leer todos los discursos de don Alfonso, y no digo grata al azar, porque, a pesar de ser incontables y de parecerse mucho entre sí, me reconforta inmensamente su pétreo, su incommovible optimismo. La Constitución es maravillosa; la democracia mexicana, perfecta; el Partido, y sólo el Partido, elegirá, y eso en el momento preciso, a su candidato; nada de intrigas personalistas, sino la búsqueda del hombre y del programa; la Revolución Mexicana sigue siendo revolucionaria y avanza viento en popa y a mandíbula batiente. Y por supuesto que el pueblo, todo el pueblo, sin exceptuarme a mí, que soy parte de él, está con el Partido, tanto así, que ese pueblo se niega a oír, ver, palpar y oler como no sea a través del Partido.

Ahora bien, yo estoy bien convencido de que don Alfonso no cree en nada de esto, o que lo cree poquísimo (digamos la milésima parte), porque, de lo contrario, tendría que admitirse que es absolutamente impermeable a su vieja y diaria experiencia perso-

nal. Veamos esto del pueblo. En sus buenos tiempos, don Alfonso se encargaba de organizar auditorios para los líderes políticos que entonces le eran superiores. ¿Puede creer en la espontaneidad de los que ahora le organizan a él? Imposible, porque, aguro y honrado observador, tiene que admitir que las técnicas actuales son mucho más refinadas que las toscas usadas antes por él. Debe advertir, por ejemplo, que los organizadores de hoy jamás ponen al auditorio en las faldas de la colina y a él en lo bajo del valle. Todo lo contrario: su auditorio está tan abajo y él tan arriba, que por fuerza lo miran a él con la reverencia implícita en el hombre humilde que levanta la vista al cielo. Y habrá advertido que la altura de la tribuna no sólo es mayor, sino que siempre hay una mano piadosa que le coloca disimuladamente un zoquete de veinte centímetros para que don Alfonso emerja con el uno ochenta que exige la majestad del profeta.

No perdamos, pues, la esperanza de que en el futuro algún cambio salga de los sectores oficiales.

EL CAMBIO puede venir de un modo inmediato y fácil con un mínimo de comprensión y de buenos modales. En efecto, nadie pide deshacer hoy, en horas, lo que se ha venido haciendo hace años; tampoco desdecirse con una sola frase del diluvio de palabras que ha caído sobre este pobre país desde hace tanto tiempo. Se trata nada más de proponerse ser hoy un poquito distinto (y mejor) que ayer.

Digamos en materia de tolerancia de la opinión ajena. Cada vez que un modesto ciudadano se permite decir algo distinto del dogma oficial, nuestros dirigentes lo hacen a un lado con el ademán y la palabra descorteses que suponen frases como estas: "son tonterías" (don Alfonso), o "sólo los que desconocen las reali-

dades nacionales pueden decir esto" (don Luis). El progreso en la tolerancia podría seguir estas medidas etapas: primero, reflexionar antes de opinar; después, asegurar que toda opinión merece respeto si es honesta; tercero, decir que uno difiere de ella y dar siquiera la mitad de una razón que apoye la idea propia y socave la ajena.

En suma, un poquito de modestia para no confundir el poder con la inteligencia y la rectitud, porque como el poder no dura, al perderlo la gente que lo detentaba, según su propia filosofía, se vuelve tonta o desvergonzada. Por ahora, aquí está la única y tenue esperanza de un equilibrio de poderes en México: que nuestros políticos sean menos arrogantes.

1° agosto 1969

4